

NUESTROS CLASICOS

A UNA GOTTA DE ROCIO

Lágrima viva de la fresca aurora,

A quien la mustia flor la vida debe,

Y el prado ansioso entre el follaje embebe

Gota que el sol con sus reflejos dora.

Que en la tez de las flores seductora

Mecida por el céfiro más leve.

Mezclas de grana tu color de nieve

Y de nieve su grana encantadora.

Ven a meze arte con mi triste lloro

Y a consumirte en mi mejilla ardiente

Que tal vez correrán más dulcemente

Las lágrimas amargas que devoro,

Mas ¿qué fuera una gota de rocío

Perdida entre el raudal del llanto mío...!

Carolina CORONADO

RECUERDOS

"MORO"

Vo no vi nunca actuar a *La Goya*, cuyo verdadero nombre y apellidos eran Aurora Mañanós Jaufret. Cuando ella debutó, era yo muy muchacho. Luego hizo por América una larga y triunfal gira, volvió a España y actuó de nuevo; pero nunca coincidí en una localidad en la que trabajase y pudiera verla. Sus canciones las conozco mejor que las de artista alguna, pues puede decirse que tengo su repertorio completo en discos de gramófono.

Desde chiquillo escuché y me aprendí de memoria esas canciones, y supe algunas incidencias de la vida de la artista por reflejarlas en la letra de ellas. Cuando se dijo que le hacía el amor el torero Ricardo Torres, *Bombita*, *La Goya* cantaba, con música del popularísimo *Valancé*:

«Andan diciendo por ahí
que pronto será mi boda.
Me ha causado la noticia
los efectos de una bomba».

No se casó con el torero, sino con el escritor don Tomás Borrás. Los últimos años de monarquía en España, fueron también los últimos de su vida artística. Ya entonces actuaba muy esporádicamente. Después se retiró de la escena por completo, haciendo vida retraída y casera hasta el 4 de Junio de 1950, fecha de su muerte, ocurrida en su domicilio madrileño. Nunca tuvo hijos. Residió con su marido y con su madre.

Conocí a *La Goya* cuando ya estaba retirada, en los primeros meses de República. El sueño de mis años infantiles, cuya voz había acariciado tantas y tantas veces mis oídos, era una otoñal rellena, aunque con un rostro terso y de facciones bellas.

No hubo conversaciones interesantes, ni anécdotas; un único detalle tan triste y hermoso que vale la pena no olvidarlo jamás, es el que quiero recoger, en mis recuerdos de la famosa artista. El tema es algo tan humilde y sencillo como un perro, un perro grande, negro, que se llamaba *Moro*.

Era en el anochecer del 14 de Abril de 1931. La turba - esa turba

de todos los tiempos y de todos los países, en el que la escoria humana encuentra su adecuada cloaca — recorría las calles de Madrid, con sucia alegría de vino y griterío soez. Frente al Palacio Real, recién abandonado por don Alfonso XIII, la turba extremaba su griterío y grosería. Alguien, a la vista de un hermoso perro negro, dijo que aquel animal era propiedad del rey, cosa, efectivamente, cierta.

Lo ocurrido entonces repugna por infrahumano y cuesta trabajo creerlo, a pesar de ser verídico; unas cuantas fieras — no podemos llamarles hombres — se lanzaron sobre el perro, lo cogieron, y, desahogando sus instintos criminales, le sacaron los ojos, contestando con risotadas y blasfemias a los tristes aullidos del indefenso animal, cuyo único delito era el haber sido propiedad de un rey caballero y español.

Envuelto en sombras perpetuas, «Moro», que así se llamaba el perro, vagó entre la oscuridad nocturna por las calles madrileñas. La noticia del bárbaro episodio llegó a oídos de *La Goya*. Con rabia, asco y pena, hizo toda clase de gestiones, hasta encontrar a la pobre víctima y trasladarla a su domicilio.

Con caridad y ternura curó las heridas, tomando bajo su protección a «Moro», el cual pasaría ya el resto de su existencia, cuidado con mimo, en la casa de la artista. Allí lo vi, ciego y humilde, pagando con fidelidad y cariño los favores recibidos. Murió de viejo, bastantes años después.

Cuando supe esta historia, la voz de las dulces canciones de mis discos, la belleza que nunca admiré en sus tiempos de esplendor, tuvo de mí un tributo de admiración mucho más hondo. Decían que Aurora tenía un carácter dominante, que era caprichosa... Nada pueden importar sus pequeños defectos, ni sus méritos artísticos; sobra para enaltecer su memoria el rasgo que refleja la hermosura de su corazón sensible y generoso y que se compendia en una sola palabra: «Moro».

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros y de San Miguel



TRÍPTICO

LA FLOR EN EL VASO

Poema: flor en el vaso.
La antigua voz tu aroma
cantando, siempre cantando.
J. R.

MELIBEA

«Los ojos verdes, rasgados,...»
LA CELESTINA.—Acto 1.º

Ojos verdes, rasgados, en que brilla
la luz donde se ciega la cordura.
Alta y serena sangre, levadura
de los panes de amor: trigo en gavilla.

Rubios cabellos a que el sol se humilla
por besarlos en toda su longura.
Madejas de oro fino y miel madura
que a un tiempo son señuelo y redecilla.

De dos damas del aire, en tu corpiño,
guardas la pluma, meces el arrullo
y acendras la tersura de su armiño...

Por eso pierdes la color, doncella,
cuando en la umbría de aquel huerto tuyo,
del fiero halcón se clava la centella.

II CALISTO

«Yo Melibeo soy y a Melibea adoro,
y en Melibea creo y a Melibea amo»
LA CELESTINA.—Acto 1.º

Por dos verdes saetas vió transidas
su sangre moza y varonil simiente.